

# *Bosquejo de un sujeto mínimo neuroafectivo*

*Outline of a neuroaffective minimal self*

ASIER ARIAS DOMÍNGUEZ

Universidad Complutense de Madrid, España  
asarias@ucm.es

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2021.28.003>

Bajo Palabra. II Época. N°28. Pgs: 61-80

Orcid: 0000-0002-2338-3206.



*Recibido: 31/08/2021*  
*Aceptado: 12/11/2021*

Este artículo ha sido posible gracias a la participación en el Proyecto de investigación  
*Institución y Constitución de la Individualidad: Aspectos Ontológicos, Sociales y*  
*de Derecho* (PID2020-117413GA-I00 / AEI / 10.13039 / 501100011033)  
del Ministerio de Ciencia e Innovación de España.



## Resumen

La conciencia y el yo acaparan un número creciente de páginas en las revistas de neurociencias. No existe, sin embargo, acuerdo acerca del modo apropiado de articular la intersección entre ambas nociones. En este artículo nos aproximamos a las posibilidades abiertas al efecto en el área de la neurociencia afectiva, constatando que los enredos conceptuales presentes en la literatura no impiden partir de la base empírica y teórica de la disciplina hacia la elaboración de un marco conceptual adecuado para el tratamiento de la señalada intersección.

*Palabras clave: sujeto, conciencia, neurociencias, emoción, mente.*

## Abstract

Consciousness and the self are among the most debated topics in neuroscience. There is, however, no agreement on the proper way to articulate both notions. In this paper we explore the possibilities for analyzing this conceptual joint from the vantage point of affective neuroscience. In doing so, we substantiate that the conceptual entanglements present in the literature do not prevent the use of theoretical and empirical research on the field in order to make sense of the aforementioned conceptual joint.

*Keywords: self, consciousness, neurosciences, emotion, mind.*

## 1. Introducción

Las nociones de “yo”, “sujeto”, “identidad” o “individualidad” son ciertamente elásticas y han venido así siendo utilizadas con bastante liberalidad en diversas áreas de las neurociencias. Se trata de nociones tan complejas y abarcadoras que resulta más sencillo colocarlas en la portada de un libro de divulgación que en el marco de una teoría explicativa detallada. Así, por ejemplo, Joseph LeDoux definía el yo en su *Synaptic Self* como “la totalidad de lo que un organismo es, desde el punto de vista físico, biológico, psicológico, social y cultural” (LeDoux, 2002:31). Parece claro que necesitaríamos poco menos que una teoría del todo para hacernos cargo de semejante objeto de estudio.

Las relaciones entre la indagación de las bases biológicas de la individualidad y las de la conciencia son asimismo ambiguas y problemáticas. De este modo, mientras en el citado y otros textos LeDoux insiste en la conveniencia de separar con claridad ambas empresas (cf., v.g., LeDoux, 2003), otros destacados neurocientíficos prefieren prescindir de esa frontera (cf., v.g., Damasio, 2010). El área de solapamiento entre el problema de la conciencia y el de la individualidad es de hecho tan sutil y deslizada que no resulta infrecuente encontrar que se mezclan indiscriminadamente segmentos de la formulación del uno con conatos de solución a piezas específicas del otro (para un ejemplo particularmente estridente, cf. López Corredoira, 2009).

Tanto el problema de la conciencia como el de la individualidad son, en realidad, amplias colecciones de problemas interrelacionados. Podemos, con todo, reducirlos a su esqueleto para disponer de algo así como un punto de partida: mientras el problema de la conciencia tendría que ver con las relaciones que habríamos de entender que existen entre el mundo físico y el de la experiencia subjetiva, el de la individualidad tendría que ver con la determinación de las condiciones que hacen que seas un sujeto y, en concreto, que seas tú —en lugar de otro ser humano o alguna otra cosa— y sigas siéndolo a pesar de los cambios. En la señalada área de solapamiento entre ambas colecciones de problemas encontramos la intuición de que existe un vínculo entre las unidades sincrónica y diacrónica de la experiencia consciente y las de la individualidad. En las páginas que subsiguen exploramos esa intuición desde el punto de vista de la neurociencia afectiva, deteniéndonos para ello a examinar en primer lugar la concepción neuroafectiva de lo mental.

## 2. La concepción neuroafectiva de lo mental

La neurociencia afectiva surge a comienzos de la década de los noventa con un programa metodológico orientado a cimentar la investigación en neurociencias y psicología sobre la perspectiva filogenética y comparada a fin de esclarecer el modo en que los aspectos mentales de los resortes homeostáticos son instanciados en el sistema nervioso. La ontología neuroafectiva de lo mental puede entenderse como una suerte de corolario que habría de derivar de forma natural del desarrollo de ese programa metodológico. Dicha ontología se nos presenta como una alternativa monista al dualismo implícito en la tradición funcionalista en que hunden sus raíces la psicología cognitiva y la neurociencia cognitiva. Tanto en Jaak Panksepp (1943-2017) como en Antonio Damasio, dos de las principales figuras de la disciplina, esa alternativa adopta la forma de una teoría de doble aspecto –en la que la afectividad diluye las fronteras entre cuerpo y mente– fundada en evidencia neurocientífica articulada de acuerdo con lineamientos evolucionistas. Dejando de lado las reelaboraciones de las que sus respectivos marcos teóricos han sido objeto, los tratamos aquí como fotos fijas, atendiendo a su formulación definitiva.

### *2.1. La concepción neuroafectiva de lo mental frente a la ortodoxia corticalista*

La teoría de doble aspecto de Panksepp postula que los sentimientos emocionales (la experiencia fenoménica de las emociones) reflejan la dinámica neuronal de estructuras subcorticales profundas encargadas del control de conductas emocionales básicas (cf., v.g., Panksepp, 2005). Así pues, tanto las conductas emocionales básicas como las experiencias subjetivas que las acompañan resultarían de la dinámica neuronal de esas antiguas estructuras subcorticales, pero en el caso de los sentimientos emocionales se trataría de resultados indisociables de la propia naturaleza de la señalada dinámica, concebida a la vez como física y mental: del mismo modo que se aceptara la dualidad partícula-onda, propone Panksepp, debiera aceptarse que determinados procesos neuronales tienen al tiempo una naturaleza neurofisiológica y experiencial (Panksepp, 2011a:1793).

Esa naturaleza dual respondería además a motivos evolutivos, dado que “estos circuitos emocionales, que generan al tiempo comportamientos y sentimientos emocionales, anticipan las necesidades clave para la supervivencia, y existe una función evolutiva anticipatoria tanto para los comportamientos como para los sentimientos afectivos primarios: indican de forma inmediata si un curso de acción favorece (afectos positivos) u obstaculiza (sentimientos negativos o aversivos) la supervivencia” (Panksepp, 2011b:8).

Panksepp inscribe esta ontología neuroafectiva en las coordenadas de una taxonomía de lo mental dispuesta en tres niveles o capas. La primera y más básica está integrada por sistemas primarios de procesamiento emocional que sostienen estados afectivos primordiales. Estos sistemas se ubican en regiones superiores del tronco del encéfalo (con un protagonismo especial de la sustancia gris periacueductal), regiones mediales del diencefalo y núcleos basales (el del lecho de la estria terminal, el accumbens, la amígdala), estructuras en las que se entrelazan arcaicos dispositivos de control motor de conductas instintivas, circuitos de valoración biológica y primitivos mapas neuronales que delimitan el propio cuerpo del entorno circundante (Panksepp, 1998a). De estos sistemas dimanaban tanto afecciones sensoriales exteroceptivas (nocicepción cutánea, v.g.) como homeostáticas interoceptivas (sed, v.g.) y, decisivamente, emocionales. Panksepp denomina a estas últimas “sistemas de emoción-acción”, y las concibe como mecanismos ejecutivos innatos e incondicionados responsables de los primeros destellos evolutivos de la vida mental: los primeros estados mentales experimentados subjetivamente (cf., v.g., Panksepp, 2007). Estas afecciones emocionales, encarnadas en las redes neuronales subcorticales de siete sistemas emocionales primarios diferenciados (búsqueda, dolor, miedo, ira, sexualidad, cuidado y juego), serían pues “derechos mamíferos de nacimiento que surgen directamente de circuitos de acción emocional codificados genéticamente que anticipan las necesidades clave para la supervivencia” (Panksepp, 2010:534).

La segunda capa comprende sistemas de memoria afectiva ubicados en regiones diencefálicas y encargados del control de formas básicas de aprendizaje y memoria, como el condicionamiento clásico y el instrumental. En la tercera y última capa, instanciada ya en regiones neocorticales, topamos con el nivel cognitivo y sus formas superiores de aprendizaje, control y memoria.

Panksepp describe esta estratificación como un entramado de interacciones recíprocas en el que el desarrollo y funcionamiento de las capas superiores depende de su integración con las inferiores, moduladas a su vez por aquéllas (Panksepp, 2011b). Si las ciencias cognitivas se centraron tradicionalmente en el estudio de los procesos mentales instanciados en la tercera capa mientras la tradición conductista en psicología y neurociencias hizo lo propio con los instanciados en la segunda (Panksepp et al., 2012), la neurociencia afectiva pone en el foco los procesos mentales primordiales realizados en la primera a fin de elucidar el modo en que constituyen el basamento de los anteriores e intervienen en su desarrollo. La emergencia evolutiva y ontogenética de las funciones cognitivas superiores tendría pues lugar sobre la base y a la luz de las soluciones afectivas básicas que la evolución habría encontrado al problema fundamental: el de mantener con vida al organismo.

Esta taxonomía estratificada no es fruto de un ejercicio de especulación a priori, sino que se encuentra asentada en una metodología centrada en la experimentación comparada con animales no humanos y orientada a la búsqueda de los mecanismos elementales del afecto y su relación con los procesos de aprendizaje, memoria y cognición. Esta metodología ha suministrado amplia evidencia de la existencia de sistemas emocionales primarios funcional, anatómica y neuroquímicamente diferenciados, y lo ha hecho principalmente a través de estudios de estimulación química y eléctrica de diferentes regiones subcorticales que generan respuestas emocionales específicas (Panksepp, 1998b; Panksepp y Biven, 2012).

La referida tesis de acuerdo con la cual los procesos emocionales y motivacionales elementales constituyen “los primeros tipos de experiencia que existieron sobre la faz de la Tierra” (Panksepp, 2012:322) encuentra sustento en evidencia recogida a lo largo de décadas de estudios de estimulación. En esta clase de estudios, la estimulación de circuitos neuronales ubicados en antiguas regiones subcorticales homólogas en todas las especies de vertebrados provoca reacciones emocionales incondicionadas esencialmente idénticas en todas las especies de mamíferos estudiadas hasta el momento. Existen adicionalmente sólidos motivos para concluir que, en las diferentes especies, similares sentimientos emocionales acompañan a esas reacciones. Así, por ejemplo, es sencillo diseñar experimentos cuyos resultados evidencian la aversión de los animales no humanos hacia las reacciones emocionales incondicionadas que los humanos experimentamos como desagradables o, alternativamente, su preferencia por las que experimentamos como placenteras (perseveran en la auto-estimulación de regiones subcorticales que producen reacciones emocionales positivas, optan por los lugares en los que se encontraban cuando la estimulación generó esa clase de reacciones). Además, los resultados de experimentos de este tipo no varían significativamente si en lugar de emplear animales normales se emplean animales sometidos a decorticación neonatal —un proceso quirúrgico consistente en retirar la corteza cerebral poco después del nacimiento—, lo que vendría a indicar que la corteza cerebral no es necesaria para la generación de sentimientos afectivos primarios (cf., v.g., Panksepp, 2011a).

Joseph LeDoux, al que citábamos al comienzo de este artículo, arguye contra esta tesis que los mecanismos afectivos subcorticales no pueden producir experiencias emocionales sin el concurso de diversas regiones corticales. Desde su punto de vista, las áreas subcorticales a las que Panksepp atribuye la generación de experiencias emocionales primordiales se limitan a proporcionar a las áreas corticales pertinentes (a las que denomina “redes generales de cognición”) los materiales brutos (inconscientes) a partir de los cuales los mecanismos corticales de la atención, la memoria de trabajo o la metacognición darían lugar a la experiencia consciente de

estados emocionales. De este modo, el papel de los sistemas emocionales subcorticales en los que Panksepp ubica los primeros destellos evolutivos de la subjetividad no sería otro que el de proveer “representaciones inconscientes de primer orden que influyen indirectamente en el ensamblaje de sentimientos conscientes por parte de las redes generales de cognición” (LeDoux, y Brown, 2017:2019). Subyace a esta propuesta un operacionalismo conductista que entiende como un beneficio “eludir las atribuciones de estados subjetivos inmensurables a animales [no humanos]” (ib.:2016).

La réplica de Panksepp a este tipo de objeciones consistió en incidir en que, al colocar junto a la evidencia experimental la lógica filogenética, la parsimonia explicativa sobrepuja a esos remilgos operacionalistas que “ensombrecen la posibilidad de explorar o inferir la subjetividad animal por analogía” (Díaz y Vargas Pérez, 2005:240). Los estudios de estimulación ofrecen nuevamente la ruta más directa para bloquear objeciones como la de LeDoux. En este sentido, si la experiencia afectiva de castigo o recompensa se debiera a la participación de regiones corticales, tendría que resultar más sencillo evocar dichas experiencias estimulando regiones corticales que estimulando regiones subcorticales. Sin embargo, tanto en humanos como en el resto de los mamíferos, sucede exactamente lo contrario: las regiones subcorticales pertinentes generan de forma consistente dichas experiencias incluso con escasísima estimulación, mientras no existe evidencia de la generación de las mismas mediante estimulación cortical. Además, las reacciones afectivas se preservan incluso a pesar de pérdidas tempranas y severas de neocorteza. “Toda la riqueza de las funciones superiores de la Mente-Cerebro queda profundamente deteriorada o destruida por un daño sustancial en las redes afectivas subcorticales (...). Por el contrario, nuestras vidas afectivas básicas sobreviven a vastas destrucciones del piso superior de nuestro cerebro, que evolucionó más recientemente. ¿Por qué debería alguien seguir creyendo que las fuentes de nuestros sentimientos emocionales se encuentran en la neocorteza?” (Panksepp, 2011a:1795). Insistir en la necesaria intervención de la corteza en la génesis de la experiencia afectiva vendría pues a equivaler a poner a la base de la explicación de los resortes fundamentales de la vida afectiva fenómenos que forman parte del más reciente desarrollo de su modulación (Panksepp, 2008).

## *2.2. Divergencias en el seno de la concepción neuroafectiva de lo mental*

Al igual que Panksepp, Antonio Damasio ha elaborado una concepción neuroafectiva de lo mental en la que los procesos emocionales básicos constituyen los

cimientos evolutivos de toda experiencia subjetiva. Como veremos, sus teorías acerca del substrato primordial de la experiencia afectiva difieren, ofreciendo con ello diferentes asideros para el proyecto de dar cuerpo a una concepción neuroafectiva del sujeto.

Al igual que Panksepp, Damasio intenta perfilar su ontología de lo mental sobre el telón de fondo de la historia filogenética de la mente. El contexto mayor de la filogénesis de lo mental es el de la historia de la vida, que durante los 3.000 millones de años posteriores a LUCA (*Last Universal Common Ancestor*, último antepasado común universal) fue una historia unicelular. Sólo una ontología panpsiquista<sup>1</sup> atribuiría estados mentales a estos organismos (arqueas y bacterias), pero en ellos encontramos ya la maquinaria necesaria para detectar cambios significativos tanto en su medio interno como externo, además de criterios para reaccionar de forma oportuna ante tales cambios. Se trata pues de organismos dotados de un rasgo biológico ubicuo: un diseño homeostático, es decir, una colección de directrices destinadas a proveer los medios para mantener los parámetros vitales del organismo dentro de un rango de valores que haga viable su supervivencia. El mantenimiento de dichos parámetros dentro del señalado rango es la meta de todo ser vivo, y esta meta es la razón de ser de los referidos criterios de reacción, orientados por sistemas de incentivación sobre la base de los cuales priorizar y ejecutar acciones (Damasio, 2010: cap. 2; Damasio y Carvalho, 2013).

Los incentivos y la intención, la nuda intención de vivir, existían antes de que pudieran presentarse en las mentes conscientes en forma de dolor, placer, deliberación o planificación, de ahí que quepa decir que la mente consciente revela de forma paulatina los mecanismos evolutivos de la regulación de la vida que existieron largo tiempo antes de su irrupción. De este modo, en los animales conscientes, los mapas neuronales de partes del cuerpo en las que los parámetros de los tejidos se desvían del intervalo homeostático haciendo peligrar la integridad del organismo son experimentados como dolor o castigo, mientras los correspondientes a aquéllas cuyos parámetros se encuentran en la parte óptima del intervalo son experimentados como placer o recompensa.

Ese sería, para Damasio, el primer peldaño de la historia evolutiva de la mente: el mapeado neuronal del cuerpo. Los mapas neuronales se definen como pautas de actividad neurofisiológica que acotan cartográficamente las aferencias continua y masivamente enviadas desde todo el cuerpo al sistema nervioso central. En la filogénesis de lo mental de Damasio, primero viene la mente, resultado del incesante

---

<sup>1</sup> Si bien cabe interpretar que existe una vía abierta hacia una lectura panpsiquista de Damasio (cf. Pecere, 2020:131), a nuestro juicio, incluso la más verosímil de estas lecturas –en clave panprotopsiquista– suma a la propuesta de Damasio grados de especulación ausentes en sus textos.

trabajo cartográfico del encéfalo, y luego la conciencia, pues los mapas neuronales pueden participar en la gestión de la conducta sin presentarse en forma de imágenes en una mente consciente. Para que estos mapas devengan *imágenes sentidas* debe añadirseles un sí mismo, y ello dependería de la actividad de esos sistemas de incentivación y predicción a cuyos productos denominamos emociones.<sup>2</sup> En esos sistemas y su estrecha relación con el cuerpo ubica Damasio el substrato de toda experiencia: los sentimientos emocionales, a los que describe como percepciones del estado del cuerpo. “Los sentimientos son percepciones y, de alguna manera, son comparables a otras percepciones [...]. Una diferencia en absoluto trivial consiste en que, en el caso de los sentimientos, los objetos y eventos que están en su origen se encuentran dentro del cuerpo y no fuera de él” (Damasio, 2003a:91).

El sistema nervioso central genera diferentes tipos de mapas: los interoceptivos, referidos al estado del interior del organismo (músculatura lisa) y a los parámetros de estado del medio interno; los propioceptivos, referidos al estado de otros aspectos del cuerpo (articulaciones, musculatura estriada); y los exteroceptivos, referidos a los objetos externos que afectan al cuerpo. Los primeros, generados en el núcleo del tracto solitario, el núcleo parabraquial y la sustancia gris periacueductal, son básicos e imprescindibles: en ellos estriba la primordial sensación de ser. Las sensaciones son para Damasio una clase fundamental de imágenes en cuya esencial relación con el cuerpo reside el motivo por el cual cualquier otra clase de imagen llega a ser sentida. Dotan pues de subjetividad a nuestra vida mental las imágenes del interior del cuerpo, “las imágenes procedentes del mundo interior antiguo, el mundo de la química y las vísceras”, del que dimana el “estado homeostático de fondo” (Damasio, 2018:146-147).

Los sentimientos primordiales difieren en su fenomenología y su neurofisiología de las experiencias perceptivas (propioceptivas y exteroceptivas) por cuanto las estructuras troncoencefálicas en las que se encarnan reciben directamente información acerca de los diferentes aspectos del estado interno del cuerpo, con el que mantienen una relación bidireccional inmediata, afectándose mutuamente en un bucle de interacciones tan estrechas que apenas cabe trazar fronteras entre ambos. El basamento último de la experiencia consciente se encontraría así antes en los estados emocionales que resultan de las modificaciones somáticas y las tienen por objeto que en los estados derivados de la relación perceptiva entre el organismo y su medio.

---

<sup>2</sup> Damasio emplea la voz “emoción” en referencia a programas de acción en buena medida automáticos, innatos, estables y predecibles que se disparan ante situaciones biológicamente relevantes (dichos programas incluyen cambios en la conducta manifiesta y en diferentes niveles somáticos, desde la actividad visceral a la endocrina). Por su parte, cuando habla de “sentimientos emocionales” se refiere ya a fenómenos propiamente mentales —en concreto, a percepciones conscientes mixtas de lo que ocurre en nuestros cuerpos y nuestros cerebros cuando se desencadena una emoción.

Es justamente en la conceptualización de este basamento último de la experiencia donde radican las divergencias entre la postura de Panksepp y la de Damasio: mientras el primero entiende que los sentimientos emocionales forman parte de sistemas ejecutivos intrínsecos y traza así un marcado vínculo entre experiencia afectiva y naturaleza agente, el segundo pone el acento en la dimensión sensorial-perceptiva de la emoción, dejando en un segundo plano la relación entre los estados afectivos elementales y la preparación para la acción y el comportamiento motivado. Este desacuerdo en torno a la prioridad sensorial o ejecutiva viene de la mano de divergencias en lo relativo a las bases anatómicas de la subjetividad: mientras Damasio concibe la afectividad primordial como afectividad somato-sensorial y homeostática<sup>3</sup> y concede así especial importancia a regiones mesencefálicas como el núcleo del tracto solitario y el núcleo parabraquial, Panksepp la concibe como afectividad emocional-ejecutiva y ubica en el núcleo de su marco teórico áreas motoras y reguladoras de conductas instintivas tanto mesencefálicas –como la sustancia gris periacueductal o los colículos superiores– como diencefálicas –entre las que destacan regiones diencefálicas mediales y varios núcleos de los ganglios basales, como la amígdala, el núcleo del lecho de la estría terminal o el núcleo accumbens.

Desde el punto de vista de Panksepp, la unilateralidad somato-sensorial de la teoría de Damasio –que pone la raíz de la experiencia en la sensación que el organismo tendría de su propio cuerpo, con independencia de su relación activa con objetos externos– deja virtualmente fuera de la ecuación la mitad de nuestras vidas afectivas: su vínculo con la acción, su carácter ejecutivo. De este modo, para Panksepp, aunque la activación de estados emocionales genera secundariamente reafirmaciones sensoriales, los sentimientos emocionales deben entenderse como parte integral del aparato de acción intrínseca del cerebro (Panksepp, 2003; Panksepp y Watt, 2003). Damasio, por su parte (2010: nota 17, cap. 1), sostiene que para que la relación del organismo con objetos externos pueda dar lugar a experiencia consciente, esa relación debe producir modificaciones en la preexistente sensación elemental de ser un cuerpo vivo, resultado de la cartografía somato-sensorial troncoencefálica con independencia de la interacción del organismo con objetos externos. Así pues, según Damasio, Panksepp “desearía ver la experiencia sensorial surgir [espontáneamente] de procesos motores, sin una explicación fisiológica, [como si] los procesos de acción motora tuvieran de suyo una mente propia” (Damasio, 2003b:218).

A la señalada sensación elemental de ser un cuerpo vivo la denomina Damasio “proto sí mismo”. Se trata de la forma primordial de experiencia consciente, a la que

---

<sup>3</sup> Denton (2005) hablaría en este punto de “emociones primordiales”: la compulsión de respirar, la de excretar, el hambre, la sed, la sed de minerales específicos o sensaciones somáticas elementales, como el dolor.

se añadirían después la “conciencia nuclear” y la “conciencia extendida” (Damasio, 1998; 1999). La conciencia nuclear corresponde a la experiencia de estar presente en el inmediato aquí y ahora que resulta de la interacción del organismo tal y como aparece mapeado en las estructuras troncoencefálicas del proto sí mismo con los sistemas talamocorticales encargados de mapear la dinámica de la relación entre el organismo y objetos externos. Por su parte, la conciencia extendida excede en el plano temporal el alcance de la conciencia nuclear –congelada en el presente– y depende del tratamiento de registros mnésicos como objetos en pulsos de la dinámica neuronal responsable de la génesis de la conciencia nuclear. El elemento común a las tres formas de conciencia de las que habla Damasio es en cualquier caso el sí mismo, la sensación de mismidad, sucesivamente perfilada en cada uno de los tres niveles.

### 3. Hacia un sujeto neuroafectivo mínimo

Tanto Panksepp como Damasio recurren a las nociones de yo, sí mismo o sujeto para elaborar sus respectivas teorías de la conciencia. A su vez, ambos dotan de contenido a estas nociones a la luz de sus teorías de la conciencia: el sujeto neuroafectivo de Damasio es, en su estrato fundamental, un sujeto somato-sensorial porque así lo determina su teoría de la conciencia, y lo mismo cabe decir del sujeto afectivo-ejecutivo de Panksepp. Así las cosas, la noción de sujeto aparece al tiempo como condición y corolario de sus teorías de la conciencia.

Esta circularidad surge en un contexto tan específico como elocuente: ni Panksepp ni Damasio pretenden argumentar en favor de una u otra concepción filosófica del sujeto, sino sólo dar cuerpo a una teoría neurobiológica de las emociones y la conciencia. Del mismo modo, y aunque los dos hacen referencias incidentales a determinados planteamientos filosóficos relativos al problema mente-cuerpo, su adhesión al monismo de doble aspecto es ante todo un gesto: su intención no es la de resolver ninguna de las controversias abiertas en torno a la ontología de la conciencia, sino más bien la de dilucidar su substrato neurobiológico. De este modo, el término “conciencia”, tal y como lo emplean, debe leerse como un término de clase natural inserto en el marco de una determinada teoría científica.

¿Y qué habría que decir de los términos “yo”, “sí mismo” o “sujeto”? En otra extraña vuelta de tuerca, estos términos nos son definidos como formas de experiencia consciente (sí mismo como *sensación* de mismidad, v.g.). Sin embargo, quizá esta nueva vuelta de tuerca no sea, después de todo, tan extraña. Para ver por qué, empecemos por preguntarnos si la propuesta de Damasio acerca del origen de la

experiencia consciente es más adecuada que la de Panksepp. Nosotros nos inclinamos a pensar que sí, pero ello se debe, y esto es lo crucial, a que entendemos que se encuentra avalada por un cuerpo de evidencia empírica que incluye y extiende al que avala la teoría de Panksepp: tanto la adecuación de una teoría neurobiológica de la conciencia como el propio hecho de que una determinada entidad sea o no consciente es, en último término, una cuestión empírica. Hay, en dos palabras, un hecho que, en principio, permitiría decidir si una determinada entidad es o no consciente: el hecho de que tenga experiencias, el hecho de que haya algo que sea como ser esa entidad (Nagel, 1974). Por su parte, a la pregunta acerca de si una determinada entidad es o no un sujeto no cabe sino responder con otra pregunta, a saber: ¿a qué te referes con “sujeto”?

Decíamos que quizá la vuelta de tuerca por la cual el sujeto queda definido como una forma de experiencia consciente no sea, después de todo, tan extraña, y es que, del mismo modo que el recurso a la noción de sujeto como resorte explicativo en el marco de una teoría de la conciencia resulta injustificable, pocos estarían dispuestos a aceptar la validez de la aplicación de la voz “sujeto” a nada que no pueda ser sujeto de experiencias (cf. Lane, 2020): no podemos remitir al sujeto para explicar el *fenómeno* de la conciencia, pero tampoco delimitar la intensión o la extensión del *concepto* de “sujeto” sin acudir a ese fenómeno.<sup>4</sup> En un influyente artículo, Galen Strawson concluía a este respecto que, al eliminar de la noción de sujeto “todos sus ingredientes inesenciales” (Gallagher, 2000:15), lo que nos queda es la experiencia del sujeto, su sensación de ser: “un sujeto consciente de experiencia” (Strawson, 1997:407; v. et. Shear, 1998). Lo que queda de la criba del sujeto es, pues, el sujeto de la experiencia. Caben, desde luego, diferentes formas de abordar la pregunta “¿qué quieres decir con ‘sujeto?’”, pero esta estrategia experiencial (Gallagher y Zahavi, 2012; Zahavi, 2014) abre un espacio en el que comenzar a esclarecer la planta baja de la noción de sujeto: ese “sujeto mínimo” sin el cual carece de sentido hablar de sujetos o yoes de cualquier clase –cognitivos, ecológicos, relacionales, dialógicos, extendidos, narrativos, etc.

El primer rasgo esencial de un sujeto mínimo sería, por tanto, la subjetividad: la experiencia consciente, la conciencia fenoménica. La noción más básica de sujeto sería así la de “un locus puro de conciencia” (Strawson, 1999:108): un sujeto de experiencia. Desde este punto de vista, el uso que hace Panksepp de la locución “*proto-self*”, interpretada como el yo de un esquema corporal inexperimentado, sólo puede entenderse como un artefacto retórico: donde no hay experiencia no hay

---

<sup>4</sup> Sobra anotar que el hecho de que las hemorragias sean *fenómenos* independientes de cualesquiera creencias, actitudes o instituciones mientras el de flebotomía es un *concepto* dependiente de ellas no implica que las flebotomías no existan.

sujeto –como él mismo indica, “la ocurrencia de cualquier tipo de SELF básico está ligada a la ocurrencia de la conciencia fenoménica fundacional” (Panksepp y Northoff, 2009:200).

La evidencia disponible sugiere con fuerza que las formas más arcaicas de experiencia consciente se encarnan en estructuras neurofisiológicas que apenas sufren modificaciones epigenéticas durante el desarrollo, confiriendo así verosimilitud a nuestras intuiciones de permanencia a la hora de considerar la cuestión de la persistencia en el tiempo de la identidad: cada uno nacemos con nuestros peculiares núcleos parabraquiales y nuestros peculiares núcleos del tracto solitario, y en cada uno de nosotros sus sondeos homeostáticos de nuestros cuerpos configuran un determinado espacio fenoménico dentro de cuyos márgenes discurre nuestra sensación de ser de fondo, un espacio considerablemente estable a lo largo del tiempo a causa de la escasa variabilidad ontogénica de estas estructuras tras la desarrollo prenatal.<sup>5</sup>

Desembocamos así en el segundo rasgo de un sujeto mínimo: por mínimo que sea, debe poseer alguna clase de coherencia temporal, alguna clase de permanencia en el tiempo. Strawson, por ejemplo, niega este punto: su sujeto mínimo podría ser un yo momentáneo, sin continuidad temporal. Podemos, ciertamente, imaginar chispazos de experiencia dispersos por *todo* el universo –y Strawson, por cierto, no sólo lo imagina como algo posible, sino de hecho efectivo y hasta necesario (Strawson, 2006; 2010)–, chispazos con vidas medias más cortas que la del tauón. Del mismo modo, podríamos estipular que cada uno de esos chispazos es un sujeto, bien que a costa de dejar de hacer pie en esas intuiciones heredadas de nuestra trayectoria filogenética (psicología intuitiva) y cultural en las que basamos esta clase de estipulaciones. No es posible determinar con precisión el punto en que una estipulación de la aplicabilidad de la voz “sujeto” comienza a perder verosimilitud al alejarse de esas intuiciones, pero siempre podemos alegar razones para alejarnos de ellas en una u otra dirección. Si de lo que se trata es de la dimensión temporal, las razones para avanzar en la dirección de los yoctosegundos deberían ser razones de peso: podríamos convenir, si quisiéramos, que determinadas entidades son yoctosujetos, pero no tendrían nada que ver con los sujetos con los que realmente nos las habemos.

---

<sup>5</sup> Huelga incidir en la distancia que media entre la perspectiva neuroafectiva y el intelectualismo endémico en la literatura filosófica sobre identidad diacrónica (criterios de persistencia, fuentes de evidencia). La respuesta neuroafectiva a la cuestión de la continuidad adoptaría la forma de una alternativa biopsicológica y podría por tanto formularse como una versión de las perspectivas de continuidad psicológica, pero en un sentido de lo psicológico a medio camino entre la noción de temperamento tal y como es empleada en psicología de la personalidad (dimensión biológica de la personalidad) y la noción de autoconciencia prerreflexiva tal y como es empleada en la literatura neurofenomenológica (una forma primitiva de autoconciencia plasmada en el sentimiento crudo de ser que resulta indisoluble de cualquier experiencia consciente). Desde este punto de vista, lo que persistiría sería una peculiar forma de experimentar dentro de un característico espacio fenoménico.

Cabe hablar, con todo, de otra clase de sujetos momentáneos, una clase de la que forman parte, de acuerdo con la evidencia disponible, la inmensa mayoría de los sujetos con los que compartimos este planeta. Esta clase de sujetos momentáneos no son “sujetos instantáneos” que surgen y se extinguen en un solo instante, sino sujetos sin experiencia reflexiva de su proyección hacia el pasado o el futuro mediada por formas superiores de cognición. Aunque les falte esa experiencia reflexiva, estos sujetos momentáneos no están privados de la continuidad aportada por la señalada sensación de fondo implícita, suficientemente estable a lo largo del tiempo como para permitirnos hablar de un mismo sujeto a pesar de los hiatos en la experiencia (cf. Strawson, 1999).

Al sumar a estos rasgos básicos de experiencia y estabilidad los propios de una concepción neuroafectiva de la individualidad hacemos de nuestro sujeto mínimo un *sujeto mínimo neuroafectivo*. La concepción neuroafectiva de la individualidad diverge de forma radical de los entramados teóricos habituales tanto en la filosofía contemporánea como en las ciencias cognitivas, centrados en formas complejas de cognición. Ese énfasis cognitivista, representacional y lingüístico encuentra su contraparte neuroafectiva en el proyecto de asentar los fundamentos somáticos de un sujeto mínimo en la dinámica afectiva, pre-representacional y pre-lingüística de relaciones entre cuerpos y cerebros.

Panksepp (1998a) se refiere al sujeto mínimo neuroafectivo con el acrónimo SELF (*Simple Ego-type Life Form*: forma de vida simple de tipo egoico), con el que quiere apuntar a una forma biológica de identidad radicada en estados subjetivos ampliamente compartidos en el reino animal, pero vinculados antes con la experiencia del propio cuerpo que con las formas de exterocepción que monopolizan la discusión acerca de la experiencia fenoménica en filosofía de la mente y ciencias cognitivas. Si bien la complejidad de nuestras vidas mentales humanas nos inclina a pensar en el yo a través del filtro de nuestras capacidades cognitivas, ninguna de ellas es necesaria para encarnar en un cuerpo vivo un punto de vista congelado, en el caso de las especies filogenéticamente más antiguas, en el aquí y ahora, pero caracterizado en cualquier caso por la coherencia organísmica que en él culmina. Todas las formas superiores de la vida mental en las que la tradición, desde Descartes y Hume, vino buscando al yo no serían sino desarrollos refinados de esta forma arcaica de mismidad animal.

Este sujeto neuroafectivo mínimo, conformado por sentimientos afectivos crudos, podría definirse como una clase de proceso compartido de forma homóloga y altamente homogénea entre diferentes especies, mientras que las formas emergentes del yo, dependientes de capacidades cognitivas superiores instanciadas en el neocórtex, estarían dotadas de una mayor diversidad, tanto entre especies como entre

individuos. Esas formas superiores de mismidad tendrían su raíz común y siempre presente en una representación dinámica del organismo como un todo integrado, una representación encarnada en antiguas coordenadas viscero-somáticas.

En la concepción de Panksepp del sujeto mínimo neuroafectivo, a esas coordenadas habría que añadir procesos intrínsecos afectivo-instintivos de carácter ejecutivo. Sin embargo, ese carácter ejecutivo, embebido en un entorno, no resulta imprescindible para una concepción neuroafectiva del sujeto mínimo (así, por ejemplo, es más que probable que queramos hablar de sujetos recién nacidos, incluso con puntuaciones bajas en el test de Apgar). Cabe en este sentido sostener que la teoría somato-sensorial de la conciencia de Damasio ofrece una base realmente mínima para la elaboración de una concepción neuroafectiva de la individualidad.<sup>6</sup> La perspectiva somato-sensorial y la ejecutiva deberían integrarse, no obstante, en el siguiente piso del edificio del sujeto neuroafectivo y, de hecho, ya en las propias regiones troncoencefálicas cruciales desde el punto de vista neuroafectivo encontramos instanciadas tanto funciones sensoriales como ejecutivas. En ese segundo piso, la activación interoceptiva y la correspondiente a los sistemas emocionales primarios de Panksepp se integraría con esquemas básicos de acción motora para dar lugar a la segunda sensación básica de ser un cuerpo: la correspondiente al agente mínimo.

El tejido de la individualidad es sin duda grueso, extenso y complejo. No obstante, existen buenas razones para conjeturar que su estrato fundamental consiste en esa malla que teje el tronco encefálico en su inextricable vínculo con el cuerpo, ese peculiar testimonio afectivo que “acompaña a todas nuestras representaciones”, ese testimonio ineludible de la presencia de un cuerpo vivo.

---

<sup>6</sup> Las diferencias entre el sujeto emocional-ejecutivo de Panksepp y el somato-sensorial de Damasio traen consigo significativas divergencias en sus respectivas concepciones de la distribución filogenética del sujeto neuroafectivo mínimo. Así, mientras el de Panksepp es, esencialmente –y a pesar de matices en sus últimos escritos (cf., v.g., Alcaro, Carta y Panksepp, 2017)–, un sujeto mamífero, el de Damasio es un sujeto vertebrado: su propuesta permite integrar evidencia que extiende las fronteras del reino de los sujetos a todo lo largo y ancho del subfilo. La extensión de estas fronteras más allá de clados vertebrados (Godfrey-Smith, 2016; 2018; 2019) suele abandonar perspectivas interoceptivas como la de Damasio en favor de concepciones de tipo propioceptivo, particularmente al llegar al nivel de los insectos (cf. Barron y Klein, 2016).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcaro, A., Carta, S. y Panksepp, J. (2017). The affective core of the self: A neuro-archetypal perspective on the foundations of human (and animal) subjectivity, *Frontiers Psychology*, 8, art. 1424. DOI: <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2017.01424>
- Barron, A. B. y Klein, C. (2016). What insects can tell us about the origins of consciousness, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 113, pp. 4900-4908. DOI: <https://doi.org/10.1073/pnas.1520084113>
- Damasio, A. R. (1998). Investigating the biology of consciousness, *Philosophical Transactions of the Royal Society of London. Series B: Biological Sciences*, 353, pp. 1879-1882. DOI: <https://doi.org/10.1098/rstb.1998.0339>
- Damasio, A. R. (1999). *The Feeling of what Happens: Body and Emotion in the Making of Consciousness*. Harcourt Brace y Co. [Trad. de F. Páez de la Cadena. Destino, 2018].
- Damasio, A. R. (2003a). *Looking for Spinoza: Joy, Sorrow, and the Feeling Brain*. William Heinemann. [Trad. de J. Ros. Destino, 2011].
- Damasio, A. R. (2003b). A reply to Jaak Panksepp and Douglas Watt, *Neuro-Psychoanalysis*, 5, pp. 215-218.
- Damasio, A. R. (2010). *Self Comes to Mind: Constructing the Conscious Brain*. Pantheon. [Trad. de F. Meler Orti. Destino, 2010].
- Damasio, A. R. (2018). *The Strange Order of Things: Life, Feeling, and the Making of Cultures*. Pantheon. [Trad. de J. Ros. Destino, 2018].
- Damasio, A. R. y Carvalho, G. B. (2013). The nature of feelings: Evolutionary and neurobiological origins, *Nature Reviews Neuroscience*, 14, pp. 143-152. DOI: <https://doi.org/10.1038/nrn3403>
- Denton, D. A. (2005). *The Primordial Emotions: The Dawning of Consciousness*. Oxford University Press. [Trad. de J. Ros. Paidós, 2009].
- Díaz, J. L. y Vargas Pérez, H. (2005). El enigma de la conciencia animal, en A. Escotto-Córdova y I. Grande-García (eds.), *Enfoques sobre el estudio de la conciencia*. UNAM, pp. 229-302.
- Gallagher, S. (2000). Philosophical conceptions of the self: Implications for cognitive science, *Trends in Cognitive Science*, 4, pp. 14-21. DOI: [https://doi.org/10.1016/S1364-6613\(99\)01417-5](https://doi.org/10.1016/S1364-6613(99)01417-5)

- Gallagher, S. y Zahavi, D. (2012). *The Phenomenological Mind* (2<sup>nd</sup> ed.). Routledge.
- Godfrey-Smith, P. (2016). *Other Minds: The Octopus, the Sea, and the Deep Origins of Consciousness*. Straus and Giroux. [Trad. de J. Ros. Taurus, 2017].
- Godfrey-Smith, P. (2018). The evolution of consciousness in phylogenetic context, en K. Andrews y J. Beck (eds.), *The Routledge Handbook of Philosophy of Animal Minds*. Routledge, pp. 216-226.
- Godfrey-Smith, P. (2019). Evolving across the explanatory gap, *Philosophy, Theory, and Practice in Biology*, 11, pp. 1-24. DOI: <https://doi.org/10.3998/ptp-bio.16039257.0011.001>
- Lane, T. J. (2020). The minimal self hypothesis, *Consciousness and Cognition*, 85, art. 103029. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.concog.2020.103029>
- LeDoux, J. E. (2002). *Synaptic self: How our brains become who we are*. Viking.
- LeDoux, J. E. (2003). The self: Clues from the brain. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1001, pp. 295-304. DOI: <https://doi.org/10.1196/annals.1279.017>
- LeDoux, J. E. y Brown, R. (2017). A higher-order theory of emotional consciousness, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 114 (10), pp. 2016-2025. DOI: <https://doi.org/10.1073/pnas.1619316114>
- López Corredoira, M. (2009). Algunas respuestas a las críticas al materialismo en el problema mente-cerebro, en C. Diosdado Gómez, F. Rodríguez Valls y J. Arana Cañedo-Argüelles (coords.), *Neurofilosofía: Perspectivas contemporáneas*. Plaza y Valdés, pp. 129-140.
- Nagel, T. (1974). What is it like to be a bat? *The Philosophical Review*, 83, pp. 435-450.
- Panksepp, J. (1998a). The periconscious substrates of consciousness: Affective states and the evolutionary origins of the SELF, *Journal of Consciousness Studies*, 5, 566-582.
- Panksepp, J. (1998b). *Affective Neuroscience: The Foundations of Human and Animal Emotions*. Oxford University Press.
- Panksepp, J. (2003). Damasio's error? *Consciousness y Emotion*, 4, pp. 111-134. DOI: <https://doi.org/10.1075/ce.4.1.10pan>
- Panksepp, J. (2005). Affective consciousness: Core emotional feelings in animals and humans, *Consciousness and Cognition*, 14, pp. 30-80. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.concog.2004.10.004>.

Panksepp, J. (2007). Affective consciousness, en M. Velmans y S. Schneider (eds.), *The Blackwell Companion to Consciousness*. Blackwell, pp. 114-129.

Panksepp, J. (2008). The affective brain and core-consciousness: How does neural activity generate emotional feelings?, en M. Lewis, J. M., Haviland y L. F. Barrett (eds.), *Handbook of Emotions*. Guilford, pp. 47-67.

Panksepp, J. (2010). Affective neuroscience of the emotional BrainMind: evolutionary perspectives and implications for understanding depression, *Dialogues in Clinical Neuroscience*, 12, pp. 533-545. DOI: 10.31887/DCNS.2010.12.4/jpanksepp

Panksepp, J. (2011a). The basic emotional circuits of mammalian brains: Do animals have affective lives?, *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 35, pp.1791-1804. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.neubiorev.2011.08.003>

Panksepp, J. (2011b). Cross-species affective neuroscience decoding of the primal affective experiences of humans and related animals, *PLoS One*, 6, pp. 1-15. DOI: <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0021236>

Panksepp, J. (2012). Do animals have emotional lives?, en C. Jakobsson (ed.), *Sustainable Agriculture*. Baltic University Press, pp. 316-323.

Panksepp, J., Asma, S., Curran, G., Gabriel, R. y Greif, T. (2012). The philosophical implications of affective neuroscience, *Journal of Consciousness Studies*, 19(3-4), pp. 6-48.

Panksepp, J. y Biven, L. (2012). *The Archaeology of Mind: Neuroevolutionary Origins of Human Emotions*. Norton.

Panksepp, J. y Northoff, G. (2009). The trans-species core SELF: The emergence of active cultural and neuro-ecological agents through self-related processing within subcortical-cortical midline networks, *Consciousness and Cognition*, 18, pp. 193-215. DOI: 10.1016/j.concog.2008.03.002

Panksepp, J. y Watt, D. (2003). The ego is first and foremost a body ego, *Neuro-Psychoanalysis*, 5, pp. 201-215.

Pecere, P. (2020). *Soul, Mind and Brain from Descartes to Cognitive Science: A Critical History*. Springer.

Shear, J. (1998). Experiential clarification of the problem of self, *Journal of Consciousness Studies*, 5(5-6), pp. 673-686.

Strawson, G. (1997). The self, *Journal of Consciousness Studies*, 4(5-6), pp. 405-428.

Strawson, G. (1999). The self and the SESMET, *Journal of Consciousness Studies*, 6(4), pp. 99-135.

Strawson, G. (2006). Realistic monism: Why physicalism entails panpsychism, *Journal of Consciousness Studies*, 13(10-11), pp. 3-31.

Strawson, G. (2010). Radical self-awareness, en M. Siderits, E. Thompson y D. Zahavi (eds.), *Self, No Self? Perspectives From Analytical, Phenomenological and Indian Traditions*. Oxford University Press, pp. 274-307.

Zahavi, D. (2014). *Self and Other: Exploring Subjectivity, Empathy, and Shame*. Oxford University Press.

---

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2021.28.003>  
Bajo Palabra. II Época. N°28. Pgs: 61-80

